

si tengo ó no razón cuando me procupo por el porvenir próximo del mundo: decidme si, al tratar de esta cuestión, no trato de la cuestión verdadera. (*Sensación.*)

Una sola cosa puede evitar la catástrofe; una y nada más: eso no se evita con dar más libertad, más garantías, nuevas constituciones; eso se evita procurando todos, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, provocar una reacción saludable, religiosa. Ahora bien, señores: ¿es posible esta reacción? Posible lo es; pero ¿es probable? Señores, aquí hablo con la más profunda tristeza; no la creo probable. Yo he visto, señores, y conocido á muchos individuos que salieron de la fe y han vuelto á ella; por desgracia, señores, no he visto jamás á ningún pueblo que haya vuelto á la fe después de haberla perdido.

Si aún me quedara alguna esperanza, la hubieran disipado, señores, los últimos sucesos de Roma: y aquí voy á decir dos palabras sobre esta cuestión, tratada también por el señor Cortina.

Señores, los sucesos de Roma no tienen un nombre: ¿cómo los llamaríais, señores? ¿Los llamaríais deplorables? Deplorables, todos los que he citado lo son: esos son mucho más. ¿Los llamaríais horribles? Señores, esos acontecimientos son sobre todo horror.

Había en Roma, ya no le hay, sobre el Trono más enimente, el varón más justo, el varón más evangélico de la tierra. ¿Qué ha hecho Roma de ese varón evangélico, de ese varón justo? ¿Qué ha hecho esa ciudad en donde han imperado los héroes, los Césares y los Pontífices? Ha trocado el Trono de los Pontífices por el trono de los demagogos. Rebelde á Dios, ha caído bajo la idolatría del puñal. Eso ha hecho. El puñal, señores, el puñal demagógico, el puñal sangriento, ese es hoy el ídolo de Roma. Ese es el ídolo que ha derribado á Pío IX. Ese es el ídolo que pasean por las calles tropas de caribes. ¿Dije caribes? Dije mal: que los caribes son feroces, pero los caribes no son ingratos. (*Ruidosos aplausos.*)

Señores, me he propuesto hablar con toda franqueza, y

hablaré. Digo que es necesario que el Rey de Roma vuelva á Roma; ó que no quede en Roma, aunque pese al Sr. Cortina, piedra sobre piedra. (En los bancos de la mayoría: *¡Muy bien, muy bien!*)

El mundo católico no puede consentir, y no consentirá, en la destrucción virtual del cristianismo por una ciudad sola, entregada al frenesí de la locura. La Europa civilizada no puede consentir, y no consentirá que se desplome, señores, la cúpula del edificio de la civilización europea. El mundo, señores, no puede consentir, y no consentirá, que en Roma, esa ciudad santa, se verifique el advenimiento al trono de una nueva y extraña dinastía, la dinastía del crimen. (*¡Bravo!*) Y no se diga, señores, como dice el Sr. Cortina, como dicen en periódicos y discursos los señores que se sientan en aquellos bancos (*dirigiéndose á los de la izquierda*), que hay dos cuestiones allí, una temporal y otra espiritual; y que la cuestión ha sido entre el Rey temporal y su pueblo; que el Pontífice existe todavía. Dos palabras sobre esta cuestión: dos palabras, señores, lo explicarán todo.

Sin duda ninguna el Poder espiritual es lo principal en el Papa; el temporal es accesorio; pero ese accesorio es necesario. El mundo católico tiene el derecho de exigir que el oráculo infalible de sus dogmas sea libre é independiente: el mundo católico no puede tener una ciencia cierta, como se necesita, de que es independiente y libre, sino cuando es soberano; porque sólo el soberano no depende de nadie. (*¡Muy bien, muy bien!*) Por consiguiente, señores, la cuestión de soberanía, que es una cuestión política en todas partes, es en Roma además una cuestión religiosa: el pueblo, que puede ser soberano en todas partes, no puede serlo en Roma; Asambleas constituyentes que pueden existir en todas partes, no pueden existir en Roma: en Roma no puede haber más Poder constituyente que el Poder constituido. Roma, señores, los Estados Pontificios no pertenecen á Roma, no pertenecen al Papa; los Estados Pontificios pertenecen al mundo católico; el mundo católico se los ha re.

trata de escoger, por último, entre la dictadura del puñal y la dictadura del sable: yo escojo la dictadura del sable, porque es más noble. (*¡Bravo, bravo!*) Señores, al votar nos dividiremos en esta cuestión; y dividiéndonos, seremos consecuentes con nosotros mismos. Vosotros, señores, votaréis como siempre, lo más popular; nosotros, señores, como siempre, votaremos lo más saludable.

*(Una grande agitación sigue á este discurso. El orador recibe las felicitaciones de casi todos los diputados del Congreso)*

## CORRESPONDENCIA

CON EL SEÑOR CONDE DE MONTALEMBERT

LA ROCHE-EN-BRENY (Côte d'Or), 7 de Mayo de 1849.

SR. MARQUÉS: Las muchas ocupaciones que me rodean en París, me han impedido responder hasta ahora á la apreciable de Ud. del 23 de Marzo último.

La que yo me tomé la libertad de dirigir á Ud., hace algunos meses, fué inspirada por la emoción profunda y viva admiración que me había producido su incomparable discurso acerca de la marcha paralela de la impiedad y de la dictadura en el mundo moderno. Ya antes de que nuestro periódico católico *L'Univers* publicara parte de este discurso, le conocía yo por haberme enseñado su traductor el original. No he visto en mi vida nada más elevado ni más verdadero en punto á elocuencia parlamentaria; y me fué imposible resistir al deseo de participar á Ud. mi humilde simpatía. Adjuntos á mi carta remití á Ud. algunos discursos y escritos míos con el fin de mostrarle nuestra conformidad en muchos puntos. Cuando vuelva Ud. de Berlín á Madrid, espero que á su paso por París, tendré el honor de conocerle personalmente, y entonces le manifestaré de viva voz la alta y respetuosa consideración que le profeso; repitiéndome entretanto su afectísimo y atento servidor,

EL CONDE DE MONTALEMBERT.

SEÑOR MARQUES DE VALDEGAMAS

conocido al Papa para que fuera libre é independiente; y el Papa mismo no puede despojarse de esa soberanía, de esa independencia. (*Generales aplausos.*)

Señores, voy á concluir, porque el Congreso está muy cansado, y yo lo estoy también. (*Varios señores: ¡No, no!*) Señores, fracamente, tengo que declarar aquí que no puedo extenderme más, porque tengo la boca mala, y ha sido un prodigio que yo pueda hablar, pero lo principal que tenía que decir, lo he dicho ya.

Después de haber tratado las tres cuestiones exteriores que trató el Sr. Cortina, vuelvo, para concluir, á la interior. Señores, desde el principio del mundo hasta ahora ha sido una cosa discutible si convenía más el sistema de la resistencia ó el sistema de las concesiones para evitar las revoluciones y los trastornos, pero afortunadamente, señores, esa que ha sido una cuestión desde el primer año de la creación hasta el año 48, en el año de gracia de 48 ya no es cuestión de ninguna especie, porque es cosa resuelta; yo, señores, si me lo permitiera el mal que padezco en la boca, haría una reseña de todos los acontecimientos desde Febrero hasta ahora, que prueban esta aserción, pero me contentaré con recordar dos: el de la Francia, señores; allí la Monarquía, que no resistió, fué vencida por la República, que apenas tenía fuerza para moverse, y la República, que apenas tenía fuerza para moverse, porque resistió, venció al socialismo.

En Roma, que es otro ejemplo que quiero citar, ¿qué ha sucedido? ¿No estaba allí vuestro modelo? Decidme: si vosotros fuerais pintores y quisierais pintar el modelo de un Rey, ¿encontraríais otro modelo, que no fuera su original Pío IX? Señores, Pío IX quiso ser, como su divino Maestro, magnífico y dadivoso; halló proscritos en su país, y les tendió la mano y los devolvió á su Patria; había reformistas, señores, y les dió reformas; había liberales, señores, y les hizo libres; cada palabra suya fué un beneficio; y ahora, señores, decidme: ¿á sus beneficios no igualan, si no exceden, sus ignominias? Y en

vista de esto, señores, ¿el sistema de las concesiones no es una cosa resuelta? (*¡Muy bien, muy bien!*)

Señores, si aquí se tratara de elegir, de escoger entre la libertad por un lado, y la dictadura por otro, aquí no habría disenso ninguno; porque, ¿quién, pudiendo abrazarse con la libertad, se hinca de rodillas ante la dictadura? Pero no es esta la cuestión. La libertad no existe de hecho en Europa; los Gobiernos constitucionales, que la representaban años atrás, no son ya en casi todas partes, señores, sino una armazón, un esqueleto sin vida. Recordad una cosa, recordad á Roma imperial. En la Roma imperial existen todas las instituciones republicanas: existen los omnipotentes dictadores, existen los inviolables tribunos, existen las familias senatorias, existen los eminentes cónsules; todo esto, señores, existe; no falta más que una cosa: sobra un hombre, y falta la República. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Pues esos son, señores, en casi toda Europa los Gobiernos constitucionales; sin pensarlo, sin saberlo el Sr. Cortina nos lo demostró el otro día. ¿No nos decía S. S. que prefiere, y con razón, lo que dice la historia á lo que dicen las teorías? A la historia apelo. ¿Qué son, Sr. Cortina, esos Gobiernos con sus mayorías legítimas, vencidas siempre por las minorías turbulentas; con sus ministros responsables, que de nada responden; con sus Reyes inviolables, siempre violados? Así, señores, la cuestión, como he dicho antes, no está entre la libertad y la dictadura; si estuviera entre la libertad y la dictadura, yo votaría por la libertad, como todos los que nos sentamos aquí. Pero la cuestión es esta, y concluyo: se trata de escoger entre la dictadura de la insurrección y la dictadura del Gobierno: puesto en este caso, yo escojo la dictadura del Gobierno, como menos pesada y menos afrentosa. (*Aplausos en los bancos de la mayoría.*)

Se trata de escoger entre la dictadura que viene de abajo, y la dictadura que viene de arriba: yo escojo la que viene de arriba, porque viene de regiones más limpias y serenas; se